

**Palabras pronunciadas por el Prof.  
Dr. Pablo V. Carlevaro al asumir el  
Decanato de la Facultad de Medicina.**

Señor Rector,  
Señores Miembros de la Asamblea del Claustro,  
Señores Consejeros,  
Señoras,  
Señores,  
Compañeros:

He sido gratificado con un altísimo honor que excede mis comunes méritos.

Me lo acaban de conferir ustedes, consenso de opinión de esta Facultad de Medicina de la Universidad, también, y mucho más que nadie de la República.

Está ligado con exceso -bien digo, con exceso- a mis inquietudes naturales y de toda la vida por la Facultad de Medicina y la Universidad de la República.

Por estos mismos tiempos, he recibido otro honor que también excede mis méritos. Me lo proporcionó el Superior Gobierno de la República: la prisión.

Consagra con exceso -bien digo, con exceso- mi condición de hombre y ciudadano. Soy simplemente digno, como todos ustedes; nuestro único delito es tener opiniones y no callarlas.

Y a pesar de que uno es una violación y fue inspirado seguramente por el odio, en tanto el otro es -debo reconocerlo pese a todo- un acto de amor de vuestra parte, se me ocurre pensar -como piensan ustedes- que no son hechos independientes.

Que, naturalmente, están muy relacionados entre sí.

Cuando estaba en el Cuartel del Cordón yo les dije a los militares -mis severos y amables custodias- nuestras ideas no son foráneas, y aunque también afuera lo hayan dicho, fue de ARTIGAS, primero...

Él lo dijo, primero!

Nuestra actitud no es foránea, aunque también afuera, el ser libre es ambición del hombre, es tradición del hombre, es destino del hombre... al menos de los hombres de ESTA tierra! de esta margen de tierra, y hasta también, de aquella... Si él, ahora viviera, sería el primero en repetirnos cada día, condenando el arbitrio del mandón, como en mil ochocientos doce lo dijera:

"La cuestión es sólo entre la libertad y el despotismo".

Si él, ahora os hablara, advertiría a los autoritarios y al autoritarismo:

"todo tirano tiembla y enmudece, ante el andar majestuoso de los pueblos libres."

Si él, ahora, gobernara, dispondría, como en mil ochocientos quince lo dispuso, que el reparto se hiciera de tal modo,

"que los más infelices sean los más privilegiados".

Y si ahora enfrentara una Asamblea de Representantes, no desconocería su veredicto, sino repetiría, humilde y formidable:

"mi autoridad emana de vosotros y cesa por vuestra presencia soberana."

Y si ahora tratara con los dueños del imperio, sobre la crisis en que nos han sumido, seguro les diría: -aquí y ahora, pero siempre, siempre-:

"no venderé el rico patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad",  
... y de seguro que no lo vendería!

Nosotros repetimos al Maestro, repetimos sintiendo, claro está, el compromiso, pues ahora, sus ideas son cosas subversivas... Han ahogado estas frases con decretos, con decretos bien hechos, de medida, para negar la historia, y renegar del Padre, ignorando también que aunque las borren, aquellas frases del Hombre siete mil vidas de vigencia tienen..., mil orientales hay que las repiten siempre..., miles de bocas luchadoras hay, de jóvenes y obreros, de estudiantes..., casi niños aún, que valientes proclaman las consignas y del Maestro, sus intérpretes son.

Mucho después, en Francia, en épocas oscuras para la libertad del mundo, en la Francia ocupada por el nazi-fascismo y en francés, el poeta escribió:

..."Sobre la frente de mis amigos  
sobre cada mano que se tienda  
Yo escribo tu nombre

.....  
Sobre los labios atentos  
bien por encima del silencio  
Yo escribo tu nombre

.....  
Sobre la salud recuperada  
sobre el riesgo desaparecido  
sobre la esperanza sin recuerdos  
Yo escribo tu nombre

Y por el poder de una palabra  
yo recomienzo mi vida  
yo he nacido para conocerte  
para nombrarte

LIBERTAD."

Esto fue escrito en Francia, por un poeta, por un poeta de la resistencia, en la época del fascismo..., pero esto tiene su traducción viviente a nuestra lengua, HOY, cuando ya no cursa el tiempo del fascismo europeo, sino cuando hace eclosión -tan luego en la tierra de Artigas- su metástasis maligna y destructora.

Y la traducción que cada luchador antifascista hace, de manera no menos bella al fin, la recita con su militancia y con su resistencia, cada ciudadano libre de esta tierra y se hace consigna en el sentir de cada adolescente:

"en los cuadernos del escolar,  
en su pupitre y en los árboles",  
sobre la arena de nuestra tierra, y seguramente porque en ella vivieron Artigas y los criollos pobres,

y los zambos y los negros y mulatos, y seguramente porque esta tierra se nutrió de sangre de indomables, sobre la arena de nuestra tierra está escrito -se escribe cada día- el nombre de la LIBERTAD.

Yo repito ahora, como en el Paraninfo y desde el Cuartel, para que el opresor vaya sabiendo, repito con cada compañero, la oración de Rafael Barrett:

"en las paredes de mi celda,  
está pintada la libertad!"

En estas circunstancias que hoy nos congrega, parece natural que cite algunos nombres, entre muchos que honraron la investidura de Decano en esta Facultad.

Uno es el de Américo Ricaldoni, maestro de mi maestro Juan Carlos Plá, fundador de toda una escuela de médicos ilustres, que aún antes del alba luminosa de la Reforma de Córdoba auspiciaba -en esta misma Facultad, nada más que por eso, ya histórica- las reuniones de profesores y estudiantes, anticipo indudable de las Asambleas del Claustro, y que, guiado por una fortísima inspiración humanista -que transmitió sin desmedro de la ciencia a sus discípulos- maestro él, supo escuchar.

Como dije una vez en reunión de Profesores Titulares, argumentando en contra del sin sentido de reunirse aisladamente, aristocráticamente, al margen de los otros colegas docentes de esta casa, Ricaldoni era hombre de carácter suave pero de personalidad fuerte, sabía lo que pensaba, tenía algo que decir y, por eso, invitaba a los estudiantes a reunirse con él. No conocía el temor al diálogo, sino que se enriquecía con el intercambio y con los aportes de sus interlocutores.

Otro nombre que quiero citar, obviamente, es el de Mario Cassinoni, Rector de la Ley Orgánica, impulsor de la Universidad Popular, promotor de transformaciones significativas en esta Facultad, y de tantas, tantas cosas más, que se le acabó la vida antes de concretar todas ellas en realidad.

Permítaseme evocar hoy su memoria, trayendo a este recinto que fue -y de qué modo- el suyo, su advertencia:

"Desconfiemos de aquellos que dicen que la posición de la Universidad debe ser antipolítica o no política. Esa posición antipolítica es siempre una forma oculta, vergonzante y a veces cínica, de hacer política. Es la posición de los que quieren la Universidad encerrada, para que su pensamiento no trascienda, para que se sigan conservando las estructuras actuales, para que nada se modifique, para que no corran riesgos sus intereses o su provecho."

Pero si aquélla fue la palabra de un socialista, de ideología marxista, oigamos ahora la de un hombre que vivió intensamente su fe religiosa y que, al decir del Prof. Del Campo, en circunstancias difíciles y duras, "siguió siendo elegido para dirigir y respetado por todos".

Me estoy refiriendo a Julio C. García Otero, maestro de esta casa, hombre que fue, toda su vida, servidor indeclinable y fiel de la Universidad de la República.

En "El Estudiante Libre" de 1944, García Otero dice, profético :

"La Universidad como centro de cultura, como centro condensador del pensamiento de filósofos y sabios de toda época, como foco irradiador de este pensamiento, debe saber defender esos principios básicos, debe, sin temores, oponer su resistencia activa a quienes pretenden pisotearlos, sean quienes sean, tengan las fuerzas que tengan: vale más morir sin renunciar, que vivir sin valor! Una Universidad que no es capaz de defender esos principios,

que son la esencia misma de la personalidad humana, será una escuela técnica, sin alma, sin vida, indigna del nombre que lleva."

Y finalmente, que quiera mi cuerpo concederme la serenidad, el coraje y la firmeza que mi antecesor inmediato, Hermógenes Álvarez, supo tener para enfrentar las instancias más duras de agresión a que esta Facultad jamás se había visto sometida.

En circunstancias de asumir el Decanato, rindo tributo de homenaje a dos instituciones fraternas y solidarias que constituyen la base de sustentación moral de la medicina de nuestro país.

Obviamente, me estoy refiriendo a la Asociación de los Estudiantes de Medicina y al Sindicato Médico del Uruguay.

Y este tributo que humildemente rindo, lo rindieron durante toda su vida, y aún con su vida, hombres como Carlos María Fosalba, como Mario Cassinoni, como Constancio Castells y como otros dos hombres a los que estoy entrañablemente unido: Virgilio Bottero y mi padre.

Y este tributo lo siguen rindiendo mediante el ejercicio liso y llano de su quehacer común, sin ninguna clase de impostación o de estridencia, hombres de la talla moral de José Alberto Praderi, de Ernesto Stirling, de Mario Rodríguez Zorrilla, de José B. Gomensoro y de Hugo Dibarboure, para citar sólo algunos, entre muchos, que -y lo expreso con palabras del Profesor Crottogini referidas a uno de ellos- "por su enseñanza viva, con ejemplos, más que a ser médico enseña a ser hombre."

Y basta evocar y enunciar los nombres, basta aludir directamente a las personas, para que su ejecutoria moral sea el tributo más elocuente con que pudiera homenajearse a las instituciones que los formaron y que ellos mismos contribuyeron a formar, creando un estilo de ser médico y de ser universitario que es culminación de un ideario que arranca de Córdoba y se ha hecho sustancia indestructible en este Uruguay nuestro y querido.

Se trata, pues, de dos instituciones formadas por hombres, pero que son, a la vez, formadoras de hombres, en reciprocidad e interacción dialéctica. Por feliz paradoja, la institución de adultos es hija de la gremial de los jóvenes. O mejor aún, todo pasa como si el Sindicato Médico constituyera la adultez fecunda de la juventud que impregna, de modo natural y desde sus orígenes, a la vieja Asociación de los Estudiantes de Medicina, a la que evoco con particular ternura.

La fantástica quimera de ser siempre joven y a la vez, acumular la experiencia de los años, es privilegio exclusivo de las agremiaciones estudiantiles, que mantienen eterna juventud por natural renovación pero, simultáneamente, generan una tradición que, sabiamente incorporada, les otorga madurez plena.

Señores: rendir este tributo no es ceremonia ni es protocolo; es establecer o reafirmar un compromiso.

No se trata de un homenaje compatible con la neutralidad o con la asepsia. Quienes a ellas se adhieren, no se lavan las manos... más bien se las ensucian y las dignifican trabajando una tierra generosa, llena de gérmenes vitales que promueven el aprovechamiento integral de sustancia orgánica, que garantizan fertilidad y fruta fresca.

Señores: todos ustedes pueden rendir este homenaje. Pero rendirlo implica comprometerse a trabajar por ellas, a militar en ellas, a aportar a ellas y fortalecerlas, que ellas, generosas, devuelven siempre más de lo que se les entrega.

Señores: desgraciadamente hay algunos que aunque se proclaman miembros activos de las mismas y hasta se sienten sus envanecidos pioneros, no están haciendo sino, en los hechos, renegar de los ideales que en ellas se profesan. A la vuelta del tiempo, hay que admitir que no supieron nutrirse a permanencia. Son los menos, y no los mejores, ciertamente. Hay que saber que existen, pero no perder con ellos demasiado tiempo, pues el propio tiempo se está encargando de ellos.

Estas instituciones y aquellos hombres, se caracterizaron por ser durante toda su vida leales defensores de la Universidad y de la Facultad, que es de nosotros, no olvidarlo, la Madre común, y quien desde adentro la agrede, buscando ayuda en los extraños, es lo más triste y lo más bajo que en el comportamiento ante una madre se puede ser, es un desnaturalizado!

Y lo es más aún, si recibió de esta casa grande y noble, títulos de Profesor, que no deben adjudicarse prescindiendo del hombre, que, todavía y siempre, es el protagonista inevitable de las cosas del hombre, entre las cuales se cuentan la educación, la ciencia y la cultura.

Todo el contenido de esta exposición conlleva a advertir que aquí, entre nosotros, hay un legado, algo que se va gestando y que es indestructible, algo que se transmite y se recrea al pasar de unos a otros. Hasta los adolescentes sienten y son capaces de expresar que: "siempre existirán vínculos que nos unen transformándonos en un solo ser, en una unidad".

El legado está en las ideas y en las palabras, pero está más allá de las palabras; está en las actitudes y en las conductas, pero no sólo está en las actitudes; tiene en algunos aspectos bases genéticas, pero se puede adquirir por convivencia.

Si, así es: se puede adquirir por convivencia; entonces, ya no hay aristocracia, ni orgullo de sangre, ni privilegios de ser hijo de nadie, hay modos de convivencia que dignifican al hombre.

Alguna vez habrá de sobrevenir, necesariamente, una nueva sociedad para dignificar al hombre.

Nuestro legado tiene algo que es efectivamente cultura y mucho que es meramente humanidad, es la condición humana que arrastramos, en conjugación simultánea de felicidad y desventura, de plenitud y de temporalidad, la que nos hace ser no sólo animales que lucimos refinadamente programados, sino, también, nos hace sentir que somos, todo a la vez, alma y ser social, en totalidad inseparable y con inquietud permanente de superación.

Eso es, tiene razón el adolescente que lo escribió -yo se la concedo- somos necesariamente, con lo mejor de nuestro pasado, y en lo más auténtico de nuestro presente, un solo ser, una unidad.

Es un sano ejercicio, y no es tarea fácil por cierto, es como un desafío urgente para todos nosotros, en nuestro tiempo, saber encontrar a cada paso, en cada circunstancia, cada día, los elementos esenciales con que se constituye y de los que se nutre para poder operar, la unidad sustantiva que nos identifica.

Acepto la designación como Decano:

1º) Para ponerme -más comprometidamente aún, si cabe- al servicio de la Universidad de la República y defender su autonomía hasta las últimas consecuencias, como lo enseñó en 1933 y para siempre, el Decano de Derecho, Emilio Frugoni.

2º) Para impulsar una nueva manera de formar médicos, que además de capacitar técnicos

haga hombres, con sentido de servicio social, con verdadero amor por la tarea, en actitud no sólo de reparar la salud de los enfermos y rehabilitarlos, sino, también de promoverla y protegerla en el pueblo que queremos sano.

Con disposición siempre joven y crítica, -como Whitman lo canta- con los ojos limpios y acostumbrados ya al resplandor de la luz, condición propia de estudiantes, activos, creativos, desalienados, resueltos -como Sartre lo comprende- a cuestionarlo todo, a criticarlo todo, a revisarlo todo, y como son capaces de realizarlo ellos en los hechos, puedo dar fe, a entregarlo todo por un ideal...

Sí!, en esta época, en este país, nuestro y querido, cuando y donde muchos entregan todo por venalidad o cobardía, a entregarlo todo por un ideal!

3º) Para iniciar juntos, he dicho juntos, docentes y funcionarios, estudiantes y graduados, una etapa de reorganización interna que nos lleve a suprimir contradicciones, al reconocimiento recíproco de las partes inconexas que componen nuestra Facultad, para construir, al fin, una entidad verdaderamente integrada que -con los recursos que se dignen darnos o retacearnos- sirva a la sociedad y, en lo que le es estrictamente específico, adquiera la perspectiva de las necesidades de salud del pueblo, supere la calidad de la docencia médica, preserve y autentifique la investigación científica y encuentre, finalmente, las formas efectivas de realizar una extensión universitaria no de inspiración caritativa, sino acorde con nuestras inquietudes de proyección y de servicio social.

Estos son los propósitos, que no son sólo míos; éste es el programa, que no es el mío; ésta es la tarea -enorme tarea- que no haré yo solo, sino que es nuestra tarea como ustedes lo han dicho previamente- la de todos nosotros, en la que todos tenemos parte y compromiso, y nada de lo que he dicho es metáfora, y el éxito de nuestro trabajo dependerá ante todo de ustedes, porque el Decano, en una Universidad democrática y autónoma como la nuestra, no es sino un coordinador, un impulsor, un elemento integrador, un aunador y un intérprete de voluntades libres.

Por supuesto que es la tarea en la que yo, naturalmente, asumiré mi parte y de buena fe -puedo asegurarlo- apelando a una decencia en la que confío, tal vez porque siento que me impulsa desde atrás, casi independientemente de mi propia persona, desde muy lejos, ya...

Y asumiremos la tarea, compañeros, sin dejar de advertir "que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones" y que "has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse", puesto que "del conocerte saldrá el no hincharte", todas cosas que Don Quijote recomendara oportunamente a Sancho, y que cuidaré mucho tener en cuenta, pues parecen dirigidas a mí, aunque no a mí sólo.

Son tan ingenuas y generosas las esperanzas que ustedes han depositado en mi persona, es tan fuerte el sentimiento de compromiso que vuestra solidaridad genera en mí, que quiero reiterar las palabras con que, en 1962, recibí del Consejo la designación para el cargo de Profesor que ejerzo:

"al agradecer vuestros generosos augurios, no siento inhibición en compartirlos, pues de verificarse significarán, esencialmente, beneficio y progreso para nuestra Facultad. Tal es lo que nos identifica."

La identificación que profesamos con nuestra Universidad y con esta casa, nos ayuda a apreciar sus valores adquiridos y, por tanto, nos obliga a preservarlos celosamente, pero no nos impide ver sus deficiencias; por el contrario, nos obliga a enfrentarlas.

Nos permite planificar y atisbar un horizonte nuevo y, por tanto, nos obliga a trabajar, a trabajar duramente, cada día, a propiciar el trabajo de todos, cada día a multiplicar la participación de los que sienten auténticamente su responsabilidad universitaria.

Y el trabajo de cada día será nuestro pan, y la multiplicación de ese trabajo será, quizás, como la multiplicación de los panes, el milagro que alentaremos todos, pues se nos ocurre que si los milagros existen, ellos son realizados por los hombres.

Y si en el ejercicio de la tarea alguna colina lográramos superar y llegáramos a sentirnos ya tranquilos y satisfechos contemplando la labor cumplida, la voz del viejo poeta de Long Island nos repetirá.:

"Hoy, antes del alba, subí a la colina,  
miré los cielos apretados de luminarias  
y le dije a mi espíritu:  
Cuando conozcamos todos estos mundos  
y el placer y la sabiduría de todas las cosas que contienen  
¿estaremos ya tranquilos y satisfechos?  
Y mi espíritu me dijo:  
No, ganaremos esas alturas sólo para continuar ADELANTE!"

**Montevideo, setiembre 11 de 1969.**